



## FAMOSO ROMANCE,

DIVIDIDO EN CINCO PARTES,

EN QUE SE DA CUENTA DE LAS PROEZAS Y ARROJOS  
del guapo FRANCISCO ESTÉVAN, natural de la ciudad  
de Lucena.

### PRIMERA PARTE.

Tiemble de mi nombre el mundo,  
y estremécense los vientos,  
atemorécense el orbe  
y los hombres mas soberbios;  
porque si digo quien soy,  
tengo formado concepto,  
que no hay valiente ninguno,  
á quien yo no cause miedo.  
No vale nada Benet,  
ni Corrales, ni Escobedo,  
ni Escabias, ni Pedro Gil,  
ni Gordillo, ni Juan Bueno,  
ni Pedro Ponce, ni Carrasco,  
ni Sebastiau Gil, ni Cañero,  
ni menos Martin Muñoz;

porque aunque valientes fueron,  
á vista de mis arrojos,  
sus hechos se oscurecieron.  
Pero ¿para qué me canso,  
si soy tigre en lo soberbio,  
un leon en valentía,  
y una fiera en lo sangriento?  
Francisco Estévan me llamo;  
y arrogante considero,  
que tendrán todos bastante,  
para ver que todo es cierto.  
En la ciudad de Lucena,  
cuyos timbres van de aumento  
por su clima y por sus hijos,  
dándoles Cérés sustento,

dándoles Marte valor,  
 y Minerva lucimiento.  
 En esta noble ciudad  
 nació de padres gallegos;  
 y porque me ejercitase,  
 á un oficio me pusieron:  
 mas el maestro me dió  
 una zurra por travieso,  
 y le apedreé la puerta,  
 saliéndome al punto huyendo,  
 y en la ciudad de Jaén  
 me dieron plaza en un tercio.  
 A Cataluña pasé  
 á mi monarca sirviendo,  
 donde tomando las armas,  
 hice tan notables hechos,  
 que alcancé á muy pocos dias  
 la alabarda de sargento;  
 la serví unos once meses,  
 y sobre dos que se huyeron  
 me ultrajó mi capitán,  
 en donde todos lo oyeron.  
 Yo que soberbio miraba  
 á cualquiera con desprecio,  
 le desafié una noche,  
 y á dos cabos mandó luego  
 me prendan, y á cuchilladas  
 hice que fueran huyendo.  
 Pasé á Alicante en ocasion  
 que habian llegado al puerto  
 las galeras de Cerdeña,  
 y en ellas mi plaza siento,  
 donde hallé muchos amigos  
 de Lucena, y con aliento  
 pasamos á Cartagena,  
 donde una noche siguiendo  
 los pasos de mi fortuna,  
 con una muger me encuentro,  
 y un chiquillo de la mano,  
 que me dijo: Caballero,  
 aqueste hombre me persigue,  
 ponga usted á ello remedio.  
 Dijele: Señor hidalgo,  
 tenga usted mas miramiento,  
 y con las pobres mugeres  
 nunca se pase á ser necio.  
 Respondió que no queria  
 y que ¿á mi qué me iban en ello?  
 Mas con un tercerolazo

le di la respuesta, á tiempo  
 que la muger por delante  
 se puso, la paz pidiendo,  
 y hombre, muger y muchacho  
 de un tiró quedaron muertos.  
 Retiréme á mi galera,  
 y despues por mi provecho  
 dí en tratante de tabaco:  
 corrí de Valencia el reino,  
 y volviendo á Cartagena,  
 el gobernador severo,  
 viendo el fraude que yo hacia,  
 me sale armado al encuentro,  
 y entrándose en mi posada,  
 me asen y llevan preso.  
 Mas sucedió en mi favor,  
 hallarse allí Juan Romero,  
 y como hijo de la patria,  
 fué en los arneses tan diestro,  
 que los guardas y alguaciles  
 iban cual moscas huyendo.  
 Quedárouse los caballos  
 y las cargas en empeño,  
 porque me las embargó  
 el gobernador, diciendo:  
 que ya que no me prendia,  
 que me cortaba los vuelos.  
 Supe que en su casería  
 de mulas habia un juego,  
 que estaban dándoles verde;  
 se las quité, y al momento  
 le escribí que las tenia,  
 para recobrar el precio  
 de los caballos y cargas.  
 Mas metióse en este empeño  
 el cuatralvo que se hallaba  
 en esta ocasion en el puerto:  
 me volvieron los caballos,  
 y luego un vale me hicieron.  
 A Málaga dí la vuelta,  
 y por ella me paseó,  
 donde supe que campaba  
 Boca-Negra, y con aliento  
 lo desafié una noche  
 salimos, donde riñendo,  
 se fingió herido el contrario,  
 y quise dejar el duelo,  
 hasta que se hubo curado,  
 y segunda vez al puerto

salimos, donde quedé  
de mi valor satisfecho,  
pues segunda vez llevó  
agujereado su pellejo.  
Fuíme á Granada, por ver  
un hombre, á quien fama dieron  
de guapo de Santaella,  
y sin reparo busquélo.  
Lo saqué desafiado,  
y á los primeros encuentros  
pidió confesion, y yo  
me ausenté al punto, sabiendo  
que me buscaba la sala  
con recato y con anhelo.  
Me fuí por fin á la Corte,  
donde en tres meses riñeron  
seis guapos en desafío,  
conmigo en sitios diversos.  
Díle una vuelta á Lucena,  
y desde allí pasé al reino  
de Jaen, donde casé,  
por tener algun sosiego.  
Mas en las carnicerías  
sucedió un donoso cuento,  
que un garduño de las bolsas  
iba la mano metiendo,  
para agarrarme la mia;  
mas yo con mucho silencio,  
con el rejon dije: Amigo,  
remedíese con aquesto.  
Le eché las tripas defuera,  
y luego con paso lento  
me fuí; y de allí las justicias  
sobre unas cargas quisieron  
descaminarme; mas yo  
hice que fuesen huyendo.  
Con el tabaco y la sal  
tuve mi mantenimiento,  
y por ser Jaen gran charco,  
otro busqué mas pequeño.  
Entóuces me mudé á Cabra,  
en donde estuve viviendo,  
y con otros alentados  
viages hacia al puerto,  
donde sin sacar despacho,  
todos fueron tan atentos,  
que nunca tuve embarazo  
ni los que conmigo fueron.  
Me pasé á Cádiz un dia,

donde á un almacenero  
once cargas de tabaco  
compré con mis compañeros.  
Hubo soplo, y al salir,  
descuidados nos cogieron;  
vendiéronnos los caballos,  
y quedamos sin remedio.  
Dejé pasar unos dias,  
no muchos, y al cabo de ellos  
con las armas en la casa  
del gobernador me entro.  
Eché la llave, y subí,  
mi trabuco previniendo;  
y dije: Señor hidalgo,  
yo vengo por el dinero  
que importaron los caballos  
y las cargas, porque es cierto  
que estoy tan pobre, que ya  
casi que comer no tengo;  
y esto sin réplica sea,  
porque yo vengo por ello.  
El hombre todo turbado,  
sacó al instante el dinero  
en doblones, y pagó;  
y quedamos despues de esto  
amigos para otra vez.  
En Puerto-Real me acuerdo,  
que el arrendador de allí  
quiso embarazar, y luego  
que hube sacado las cargas,  
me fuí á su casa corriendo.  
Pregunté si estaba en casa,  
las mugéres respondieron:  
Sí señor; mas vuelva usted,  
porque ahora está durmiendo.  
Entré en una sala baja,  
donde tenia su lecho,  
y con un tercerolazo  
allí me lo dejé muerto.  
Sucedíome en el camino,  
que faltándome el dinero,  
en la venta donde estaba  
me reventaba el ventero,  
porque pagara la costa,  
y paguella tan de presto,  
que á la otra vida volando  
se partió, dejando el cuerpo.  
Supe que Diego Ruiz  
y todos mis compañeros

pretendian el indulto,  
y por quietarme intentélo;  
mas el señor presidente  
á todos negocia, menos  
á mi; pues dijo tenia  
embarazo para ello.  
Fuí á Granada, y en su casa  
con su persona me encierro.  
Dijo ¿qué se me ofrecia?  
Respondí: Señor, yo vengo  
á saber, por qué razon  
se me niega mi remedio.  
Yo soy Estévan el guapo,  
ese leon que es tan fiero,  
y si no voy indultado,  
seré terror de este reino.  
Quiso enviar dos criados  
á la calle, y estorbélo.  
Dijome entonces: ¿En qué,  
Estévan, servirte puedo?  
Y yo respondí: Señor,  
á lo que arrestado vengo,  
es á pedir que se quemen  
de mis causas los procesos.  
Y él replicó: Pues, Francisco,  
si ese solo es vuestro empeño,  
vedlo, que aquí á vuestra vista  
los consume en llama el fuego;  
mas á Ceuta por dos años  
por mí y por vos iréis luego.  
Fuíme á Ceuta por dos años,  
y en salidas que se hicieron,  
clavé las piezas al moro;  
y como me descubrieron,  
sobre mí todos se arrojan,  
y con el agua en los pechos  
me embarqué, para volver  
al presidio; pero presto  
me enfadé de estar en Ceuta:  
quitéle el barco á un barquero,  
con que pasamos á España  
seis ó siete compañeros.  
Volvíme á mi contrabando,  
y hallándonos en el puerto,  
supe que algunos decian,  
que sacaba yo sin riesgo  
el tabaco, por llevar  
connigo gente de aliento.  
Tomé un saco, y por las calles

iba como un costalero,  
diciendo: ¿compran tabaco?  
y ningunos me tosieron.  
Despues en Cabra vivia,  
públicamente vendiendo  
tabaco y sal por las calles,  
y tambien tenia un puesto,  
en donde vino vendia  
sin pagar ningun derecho.  
Los serranos de Lucena  
á aquella villa vinieron,  
queriendo tambien vender,  
como yo lo estaba haciendo:  
entré y quebré las medidas,  
derramando por el suelo  
el licor de los pipotes;  
y ellos cuando lo supieron,  
al puesto que yo tenia  
á hacer lo mismo se fueron.  
Acudí con la noticia,  
cerrando con todos ellos,  
y valientes como Alcides  
con tal fuerza me envistieron,  
que lastimado quedé,  
poniéndome en cura luego.  
Supo el caso la justicia,  
y cogiéndome en el lecho,  
me llevaron á la cárcel,  
y diligencias hicieron  
por privarme de la vida;  
mas tuve buenos empeños,  
y á las galeras de España  
me echan á remar sin sueldo.  
Y en otra segunda parte  
proseguiré mis arrestos.

## SEGUNDA PARTE.

Desde donde empieza Europa  
hasta su término y cabo,  
no campe ningun valiente,  
escondan su espada y brazo;  
tiembles al oír mi voz,  
y lo que mas les encargo,  
que con silencio me escuchén,  
y les diré en breve rato  
del guapo Francisco Estévan  
lo valeroso y bizarro.  
Ya saben que su ejercicio

era andar al contrabando,  
y que en toda Andalucía  
los ministros le temblaron,  
porque no jugaba burlas;  
y ni hombre de malos tratos  
alcanzó comunicarle,  
fuese bueno ó fuese malo.  
Dejo guardas de millones  
y ministros de tabaco,  
porque estos nunca tuvieron  
con Estévan buen despacho.  
Los soplones, cuando andaba  
por el mundo, eran contados;  
porque se holgara encontrar  
un soplón bien mal tratado.  
Jamás llegó á pedir cosa,  
que no le fuese otorgado;  
andando de aquesta suerte,  
con otros acompañado,  
por Andalucía y otros reinos  
vendiendo tabaco.  
Llegaron un dia á Cádiz,  
en ocasion que diez barcos  
desembarcaban en tierra  
de tabaco, donde ajustando  
Estévan cuarenta cargas  
para él y sus paisanos,  
salió por cabo de todos,  
y la España atravesaron  
hasta llegar á Valencia,  
donde no habiendo despacho,  
pasó á Aragon, y una noche,  
junto á la villa de Grados,  
yendo Estévan muy seguro,  
tropezó y cayó el caballo,  
y se lastimó una pierna:  
sus amigos lo llevaron  
al lugar, y en él quedó  
para ser allí curado.  
Sus compañeros salieron  
para despues aguardarlo,  
y llegando á Zaragoza  
sin susto, no imaginando  
de que fuesen detenidos;  
pero estando descuidados,  
llegaron más de cien hombres  
y el gobernador por cabo.  
Les embargaron las cargas,  
diez de ellos aprisionaron;

los demas puestos en fuga,  
muy en breve se escaparon.  
Llevaron los diez á la cárcel,  
y las cargas y caballos  
los llevaron á la plaza,  
y al pregon se despacharon.  
Repartió el gobernador  
entre guardas y escribanos  
la cantidad, y á su casa  
la mayor parte ha llevado.  
Vamos ahora á los presos,  
que al tiempo que les tomaron  
declaracion, fué forzoso  
que confesasen de llano;  
diciendo: Francisco Estévan  
es de las cargas el amo,  
y si es que á saberlo llega,  
lo sentirá que es un rayo.  
Replicó el gobernador:  
¿Eso decís? Pues es claro,  
que si llegara á cogerlo,  
lo pusiera entre dos palos;  
y sino, si acaso hay  
quien me lo ponga en las manos,  
mil doblones le prometo,  
solo por ver ese rayo  
en mi presencia, que tiene  
el mundo atemorizado.  
Oyen los presos el dicho,  
y al punto un propio enviaron,  
noticiándole á Francisco,  
cuanto el juez había hablado.  
Tomó la carta, y leyóla  
dentro la villa de Grados,  
y bueno de sus achaques,  
tomó armas y caballo,  
y partiendo á Zaragoza,  
dispuso un hecho bizarro.  
Y fué, que á las doce en punto  
del dia, sin mas reparo,  
se fué á casa de un cura,  
y con política hablando,  
le dice que le acompañe  
sin dilacion, que le ha dado  
un accidente á un amigo,  
y es preciso confesarlo;  
y sepa que tiene haberes,  
y es fuerza que haga inventario,  
porque de todos sus bienes

haga finiquito y mando.  
 Siguióle el cura de prisa,  
 y buscando un escribano  
 y un alcalde, se salieron  
 á la calle todos cuatro,  
 cura, escribano y alcalde;  
 y sin caer en el chasco,  
 siguen á Estévan, y llegan,  
 con el paso acelerado,  
 á casa del gobernador,  
 los tres sin pensar el caso.  
 Llegó, y tocando á la puerta,  
 un criado se ha asomado  
 á la ventana, y le dice:  
 Avisa presto á tu amo,  
 dile que quieren hablarle  
 cuatro personas de garbo.  
 Subió el page y se lo dijo:  
 y el gobernador bajando,  
 los recibe en una sala,  
 y con política hablando,  
 les hizo los cumplimientos;  
 mas Francisco con cuidado  
 las puertas de dicha sala  
 cerró, las llaves tomando;  
 metiolas en su bolsillo,  
 y su trabuco montando,  
 ha dicho al gobernador:  
 Por saber que ha deseado  
 ver señoría á Estévan,  
 y que le tiene mandado  
 á aquel que se lo entregare  
 mil doblones, me ha obligado  
 á ponerme en su presencia,  
 y á obedecer su mandato.  
 Ahí le traigo un confesor,  
 un alcalde y escribano;  
 uno para el testamento,  
 otro para el inventario,  
 y otro para que sus bienes  
 disponga como cristiano;  
 porque sé que á useñoría  
 mortal accidente ha dado,  
 y porque salve su alma,  
 esta prevención le traigo.  
 Esto será si me niega  
 el dinero que ha mandado,  
 que juzgo son mil doblones,  
 y también lo que montaron

los caballos y las cargas,  
 y por los aprisionados;  
 despácheme cuanto antes,  
 porque yo no estoy despacio,  
 y estos señores querrán  
 ir á descansar un rato:  
 yo no querré nada menos,  
 que he venido caminando  
 toda esta noche pasada,  
 por darle este deseado  
 gusto á usía, y juntamente  
 á obedecer su mandato.

No haya escusa en lo que pido:  
 si la hay, por los sagrados  
 cielos, que con mi rejon  
 y este cometa, este rayo,  
 volcan que arroja centellas  
 será dentro de este cuarto.

Aquí remató Francisco;  
 y el gobernador temblando  
 le respondió, que al instante  
 sería todo pagado.  
 Y sin detenerse en nada,  
 fué á un escritorio, y sacando  
 en oro todo el dinero,  
 metió Francisco la mano,  
 diciendo: ajuste primero  
 el precio de los caballos,  
 que el tabaco vendrá luego,  
 que no lo traigo ajustado.

Y dice el alcalde: Amigo,  
 ¿valdrá cada caballo  
 cincuenta reales de á ocho?  
 Y Estévan le dijo: Paso,  
 menos de setenta pesos  
 no tomaré ni un ochavo,  
 y aquesto es unos con otros;  
 y aun cortesía le hago  
 al señor gobernador,  
 ó le mataré en cuidado.

Y el gobernador le dijo:  
 Aquí está el monton contado.  
 Apartan la cantidad,  
 y entran en la del tabaco;  
 le dice el alcalde: Amigo,  
 ¿se ha de ajustar libreado?  
 Si señor, respondió Estévan.  
 Pues sea un real de á cuatro  
 cada libra. No señor,

de doce reales abajo  
 no lo doy, que lo tenía  
 á ese precio despachado.  
 Y cuando todo el dinero  
 Estévan vió numerado  
 de los caballos y cargas,  
 dijo: Solo lo mandado,  
 que juzgo son mil doblones,  
 es ahora lo que aguardo;  
 pues no es justo de que falte  
 un hombre de tanto garbo  
 á su palabra. Y por fin,  
 mis compañeros amados  
 tres leguas de la ciudad  
 espero sin intervalo,  
 porque sino les prometo  
 al cura y al escribano,  
 alcalde y gobernador,  
 que sus vidas serán pago;  
 porque al rigor de mi furia  
 no habrá quien le ataje el paso.  
 Temblando el cura y alcalde,  
 gobernador y escribano,  
 le dicen: Vaya con Dios,  
 que van todo á ejecutarlo.  
 Estévan salió á la calle,  
 quedándose todos cuatro  
 pasmados de la osadía  
 y hecho tan desalorado.  
 Alcalde, escribano y cura  
 al gobernador dejando,  
 se salieron á la calle,  
 y á la cárcel van de paso,  
 y echaron fuera los presos  
 libres de todo despacho.  
 Hubo noticias muy ciertas,  
 que al gobernador curando  
 estuvieron mas de un mes  
 del susto; y á Estévan paso,  
 que así que sus compañeros  
 á su presencia llegaron,  
 les contó lo sucedido,  
 y quedaron admirados.  
 Todos á voces decían:  
 Viva el azote de guapos,  
 viva quien tiene en el mundo  
 sus hechos tan laureados.  
 que no ha de haber quien iguale  
 á su rigor temerario.

Entrególe á cada uno  
 Estévan para un caballo,  
 y el dinero de las cargas  
 lo partieron como hermanos,  
 y tambien los mil doblones  
 que tomó por ser mirado.  
 Se pasó á la Andalucía,  
 y este caso divulgado  
 fué en la ciudad de Sevilla;  
 dándole todos mil lauros,  
 confesando de que Estévan  
 fué solo del mundo el guapo.  
 Y en otra tercera parte,  
 referiré un caso extraño,  
 que en la historia no se halla  
 otro que iguale en lo raro;  
 pues osadamente quiso,  
 esponerse á que cerrado  
 en la ciudad de Granada,  
 mano le hubieran echado:  
 pues en casa el presidente  
 con arrojo temerario  
 se metió; pero su brio  
 le sacó bien de este caso.

### TERCERA PARTE.

Santo Cristo de la luz,  
 Señor de cielos y tierra,  
 desatad mi torpe labio,  
 y dadle voz á mi lengua,  
 mientras la tercera parte  
 canto de Francisco Estévan.  
 Los que blasonan de guapos  
 oigan, escuchen y atiendan  
 la hazaña mas prodigiosa  
 que en las edades se cuentan.  
 Alcanzó á saber Francisco  
 (no sin alguna certeza)  
 como don Pablo Diamante,  
 presidente de la escelsa  
 sala del crimen, habia,  
 á quien le mate ó le prenda,  
 ofrecido cien escudos,  
 que informacion tiené hecha  
 de sus notables arrojios,  
 valentias y proezas.  
 Con cuya noticia al punto  
 previno con gran presteza

sus armas, y en un caballo á Granada dió la vuelta: entró por el triunfo á tiempo que están tocando á la queda; llegó á casa de don Pablo, se desmontó, y de la rienda entró el caballo allá dentro, y con notable advertencia, por estar mas á su salvo, cerró la puerta primera. Llegó al porton, y tocando cuatro ó seis golpes apriesa, ha salido un paje á abrir que á ocho años no llega, diciendo: ¿quién es quien llama? Respondió con diligencia: Dile, niño, á tu señor, que aquí está Francisco Estévan, y mira que vengas presto, porque aguardo la respuesta. Llevó á su amo el recado, y al oírlo, se le yela la sangre, y el corazon palpita, y su pecho tiembla, que aunque no le ha visto nunca, sabe quien es y recela. Se quedó un rato suspenso; y ya recobrado, piensa el lance tan apretado; però duda que se atreva á entrar en su casa misma. Le manda que suba arriba; el paje baja, y le lleva donde su señor le aguarda; mas aunque subió de priesa, dejó el postigo cerrado, sin que nadie lo sintiera, dejando el caballo dentro de la una y la otra puerta. Así que entró por la sala, donde don Pablo le espera, diestro, liberal y pronto se desmontó la montera. Don Pablo lo miró atento de los pies á la cabeza, y con notable recato le dijo: Siéntate, Estévan, que quiero que de tu vida

me dés relacion estensa, porque dudo que tus hechos sean como me los cuentan. Dijo le Estévan: Señor, si he de estar en su presencia sentado, no lo he de hacer, en pie estaré, que es decencia. Replicó segunda vez: Buena política observas; siéntate, yo te lo mando, y es mi gusto que obedezcas. Sentóse, diciendo airoso: Perdone mi inadvertencia. ¿Tienes padre? dijo entónces don Pablo, y fué la respuesta: Sí señor; vivo es mi padre, pobre, humilde, porque entienda que es la causa de que yo ande de aquesta manera. ¿Tienes madre? No señor, Dios la perdona, ya es muerta. ¿Tienes hermanos? Tres tengo, y á mí los tres se sujetan. ¿Donde casaste? Y él dice con arte, y no sin viveza: En la ciudad de Jaen, que es de su reino cabeza. Cupido me hirió de amores, y lo logró de manera, que recibí por esposa á la muger mas dispuesta que ha nacido en muchos siglos en valor y gentileza; doña Josefá se llama, y muy servidora vuestra. ¿Tienes hijos? Sí señor; una hija, y desempeña á su padre y á su madre en lo hermosa y lo discreta. ¿Que edad tienes? Y responde: Con muy poca diferencia tengo yo treinta y dos años, como mi persona vuestra. Y por último, señor, no porque el riesgo me estrecha, ni porque el temor me obliga á venderos la fineza, á tas pies estamos todos con muy rendida obediencia.

Dios te guarde que me obligas  
 con atencion tan discreta;  
 y cree que te he cobrado  
 gran voluntad, y me pesa  
 que un hombre de tu valor,  
 como dice la esperiencia,  
 viva como fiera horrible,  
 siendo estrago de esta tierra,  
 sin temer á la justicia,  
 ni al cielo que te tolera.  
 Reforma tu vida, amigo,  
 que recelo no la pierdas  
 ó á manos de la justicia  
 ó al rigor de una escopeta.  
 Estévan reconoció,  
 que le trata con cautela  
 en las razones que ha dicho,  
 por detenerle con ellas,  
 por si vienen los ministros,  
 que por instantes espera,  
 para rondar la ciudad,  
 y lograr la diligencia  
 de prenderle; pero dió  
 esta vez el golpe en la piedra:  
 porque Francisco tenia  
 aseguradas las puertas,  
 y con descuido en la calle  
 un amigo de Lucena,  
 que conforme iban llegando  
 los ministros á la puerta,  
 les dice, como venian  
 á precisa diligencia,  
 y que un hombre á su llamada  
 respondió por una reja,  
 volviere por la mañana  
 que no se abrian las puertas,  
 porque su señor tenia  
 destemplada la cabeza;  
 y con tan buena expediente  
 todos se van y le dejan.  
 Estévan muy animoso  
 dijo falto de paciencia:  
 Señor don Pablo, es preciso  
 el que useñoría entienda,  
 que soy como el cirujano,  
 que ha sangrado alguna vena,  
 y en no dando en la cisura,  
 la sangre un golpe le pega.  
 Yo solo vine, señor,

á que haga borrar las letras  
 que contra mí tiene escritas;  
 y tambien quiero que sepa,  
 que he venido á suplicar,  
 y no á pedirlo por fuerza.  
 Viéndose pues precisado,  
 y que los suyos no llegan,  
 hizo cuanto le pedia  
 allí mismo en su presencia,  
 diciéndole: Ya estás libre  
 si me prometes la enmienda;  
 mira tus obligaciones,  
 que sentiré que te pierdas.  
 Esto dijo, y le pregunta,  
 con mas miedo que vergüenza,  
 ¿si traia muchas armas?  
 A lo cual respondió Estévan  
 con grandísima frescura:  
 Cuatro pistolas pequeñas  
 aquí traigo, si le gustan  
 á usía, sirvase de ellas,  
 para que de mí se acuerde,  
 cuando á su vista las tenga.  
 Don Pablo le presentó  
 de á vara dos escopetas,  
 con las llaves granadinas,  
 los cañones de Valencia,  
 de fino marfil las cajas,  
 y de bronce las baquetas,  
 de plata tersa y bruñida  
 los puntos y abrazaderas.  
 Mandó don Pablo que al punto  
 aderezasen la cena:  
 cenaron y luego manda,  
 que en una alcoba pequeña,  
 como á su misma persona,  
 le pongan la cama á Estévan.  
 Mas él que tiene enemigos,  
 como es justo que no duerma,  
 metió la mano en su pecho,  
 y en su interior dijo: Venza  
 primero la obligacion,  
 antes que la conveniencia.  
 Y así seco y desabrido  
 luego al instante comienza  
 á despedirse Francisco  
 de don Pablo y doña Elena,  
 de criados y criadas.  
 cuantos en casa se albergan,

que quiere que participen todos de su gentileza. Acompañóle don Pablo, hasta que llegó á la puerta, en donde vido el caballo, con otras cuatro escopetas. Dijo Francisco suspenso: Bien he salido de aquesta; y el amigo de la calle, porque no le conocieran, se retiró, cuando oía que iban abriendo las puertas; con que á la villa de Cabra partieron con gran presteza. Don Pablo no se acostó, porqué pensando en la fiesta, estuvo toda la noche con su esposa doña Elena; los criados asustados del mismo modo se quedan, y habiendo ya amanecido, los ministros se presentan á don Pablo, y le preguntan, si está bueno? Y por respuesta les dió, que habian pasado una noche no muy buena, porque ha tenido en su casa al guapo Francisco Estévan, quien le pidió que borrara sus causas, y que licencia llevaba para indultarse, y tambien dos escopetas, que el capitán del alcázar le presentó con largueza. ¿Qué señas tiene? preguntan. Y les responde: Son estas; él es hombre de dos varas, rojo y la barba algo negra, el rostro muy apacible, y la vista placentera, político, cortés, y con muchas agudezas, que para informarme de él hice muy bastantes pruebas. Es un segundo Pulgar, que en Granada nombre deja por la accion tan atrevida que en mi casa tiene hecha. El es hombre sin segundo

en valor y fortaleza, cortés como temerario, y agudo sin competencia. No me pesa haberlo visto, aunque asustado me deja, porque tal brio y despejo no es posible que otro tenga. Y á fe que siento en el alma, que un hombre de tales prendas entre riesgos y peligros ande de aquesta manera. Todos quedaron absortos de accion tan rara y tan nueva: y seguiré en otra parte, refiriendo sus proezas, si generosos perdonan las faltas que aquestas llevan.

#### CUARTA PARTE.

**O** soberano Señor, que sustentais tierra y cielo, gobernad mi rudo estilo, dad luz á mi entendimiento, para que referir pueda á mi auditorio discreto del guapo Francisco Estévan el mas valeroso arresto. En la ciudad de Antequera el corregidor sabiendo, lo que ha sucedido en Granada, al punto despachó un pliego, que al que á Estévan le entregara, le daría dos mil pesos. Y Estévan luego al instante que este caso le dijeron, atribuyéndolo á chanza no hizo caso, suponiendo todas sus causas borradas: dióle el corazon un vuelco; qué diría de él la fama, si esta noticia teniendo, no se arrojaba animoso; y dentro de sí diciendo: ¿Donde está el valor, Estévan? Sus armas previno, y luego en un ligero caballo tomó el camino, y resuelto á la ciudad de Antequera,

disfrazado y encubierto,  
 á eso de las oraciones  
 llegó, sin temer al riesgo.  
 Fué á ver al corregidor,  
 llamó á la puerta, y saliendo  
 una criada le ha dicho:  
 dile á tu señor, que un pliego  
 le traigo; de como tiene  
 á Francisco Estévan preso;  
 y que si me hace el gusto  
 entraré, porque no tengo  
 posada para esta noche.  
 El corregidor que oyendo  
 le estaba por una reja,  
 bajó á la puerta al momento,  
 diciéndole á la criada:  
 Abre aquesta puerta presto.  
 Entró Estévan, y el caballo  
 dió de las riendas á un negro;  
 lo entró en la caballeriza,  
 y á Estévan recibimiento  
 le hizo muy cortés y alegre.  
 Preguntó: ¿Cómo prendieron  
 á aqueso Francisco Estévan?  
 ¿No dicen que es leon fiero?  
 Pues por lo que rijo y mando,  
 ya que he llegado á cogerlo,  
 ha de pagar las infamias  
 que en todo este reino ha hecho.  
 Díjole Estévan: Señor,  
 en razon está bien puesto,  
 que quien es desahogado,  
 lo pague: más lo que quiero,  
 es quitarme aquestas armas,  
 que algo fatigado vengo.  
 Díjole el corregidor:  
 Pues este cuarto reservo,  
 para que vuestra persona  
 lo ocupe como hombre bueno.  
 Despojóse de sus armas  
 Francisco junto á su asiento,  
 y el corregidor miraba  
 colete y armas atento.  
 Y él le dijo: Señor mio,  
 estas armas y colete  
 son de Francisco Estévan,  
 que el que hábito trae puesto,  
 parece ser religioso,  
 aunque sea un vandolero;

y yo trayéndolas puestas,  
 pienso que á Estévan escedo.  
 Entre unas y otras razones,  
 las criadas previnieron  
 las mesas, y se sentaron  
 á cenar; y en este medio  
 dieron un golpe á la puerta:  
 Francisco, aunque se hace lerdo,  
 sus armas no desampara,  
 pues á su lado derecho  
 las dejó, y su gran capote  
 tiene sobre el hombro puesto.  
 Estando en esto repara,  
 y vió que la puerta abrieron,  
 y seguidamente entraron  
 diez y seis hombres, y entre ellos  
 iba el alcalde mayor  
 por cabo de ronda, y luego  
 al gobernador le dijo:  
 Mire el apercibimiento  
 que á mi persona acompaña;  
 ¿qué hombre de mucho aliento  
 no rendirán tantos guardas  
 y ministros? Yo lo creo,  
 replicó entónces Estévan.  
 Tomaron todos asiento,  
 y Francisco como huésped  
 brindó con silla y cubierto,  
 y ellos con gran cortesía  
 correspondieron atentos.  
 Despues que hubieron cenado,  
 Estévan dijo: Yo creo,  
 que toda esta gente armada  
 no pudiera causar miedo  
 ni espanto á Francisco Estévan,  
 porque es sobrado el aliento  
 que le acompaña, y sin duda  
 los pusiera en grande empeño.  
 ¿Qué es eso (dijo el alcalde)  
 qué ha habido ahora de empeño?  
 Díjole el corregidor:  
 Señor alcalde, tenemos  
 unas noticias felices,  
 Francisco Estévan es preso.  
 Replicó el alcalde, y dijo:  
 Por Cristo que no lo creo.  
 Y dijo el corregidor:  
 No? pues este caballero  
 ha traído la noticia,



proponiendo como es cierto.  
 A lo cual dijo el alcalde:  
 Lo cogieran durmiendo,  
 que de otra manera dudo  
 que pudieran á él prenderlo.  
 Replicó Estévan entonces:  
 Sea despierto ó durmiendo,  
 lo que sé es, que está encerrado  
 y diez y siete hombres buenos  
 á su lado, y aun tambien  
 un corregidor entre ellos  
 y un alcalde, que no fian  
 de otro valor el empeño.  
 ¿Vos lo veriais de espacio?  
 Dijo Estévan: ¿Cómo verlo?  
 tan visto lo ví, que juzgo  
 que aun ahora lo estoy viendo.  
 ¿Qué género de hombre es ese?  
 no he podido conocerlo.  
 Dijole entonces Estévan:  
 Pues antes de mucho tiempo,  
 si os hago aquí la pintura,  
 habeis de tenerle miedo.  
 Y sino denme licencia  
 vuesas mercedes, que quiero,  
 ya que me traje sus armas,  
 ponérmelas, que respeto  
 causaré al que las mire.  
 Dijo el corregidor: Luego  
 al instante os las pond.  
 Pues si la licencia tengo,  
 tomo primero la charpa,  
 pues tengo puesto el colete,  
 póngome cuatro pistolas,  
 ya os he dicho son del mismo;  
 pongo el rejon en el cinto:  
 este trabuco prevengo,  
 para ponerlo en la mano  
 montado, pues es el mismo  
 que traigo siempre conmigo.  
 ¿Traigo he dicho? no es de miedo,  
 que con este desahogo  
 de estar el papel haciendo,  
 me pareció ser el mismo,  
 y así no tengais recelo.  
 Tenia Francisco Estévan,  
 cuando dicen lo prendieron:  
 ¿dicen he dicho? voy mal,  
 porque he dicho soy el mismo,

teniendo puestas sus armas.  
 Y el gobernador que atento  
 estaba, al punto responde:  
 Si habeis dicho sois el mismo,  
 que habeis de cualquiera suerte,  
 os hemos de estar oyendo.  
 Pues haced cuenta, señores,  
 de que en lo que toca al cuerpo,  
 en el suyo y en el mio  
 no hay de diferencia un pelo.  
 La vista suya es alegre,  
 aunque su rostro es severo;  
 cortesano lo que cabe;  
 discreto sin par ni cuento;  
 tiene agudezas muy muchas  
 y habilidad en estremo;  
 amigo es de sus amigos,  
 y en sus acciones atento.  
 Es galan por su persona,  
 su hablar en todo halagüeño,  
 sus armas ya las mirais,  
 su ropa ya la estais viendo,  
 porque su capa y montera,  
 su capote y el colete,  
 calzones, mangas, botines  
 y zapatos tengo puestas.  
 Mas lo que hay de diferencia  
 de mí á él, es proponeros  
 hasta aquí, que estaba ausente,  
 y ya encubrirlo no puedo:  
 yo soy el mismo que he dicho,  
 yo soy Estévan, que vengo  
 arrestado á que me dé  
 el corregidor, en premio  
 de mi mucha libertad,  
 al punto aquí dos mil pesos,  
 que ofreció por mi persona;  
 y entienda, que si el arresto  
 muy desahogado ha sido,  
 es porque sepa mi aliento,  
 que solo y acompañado  
 sabré salir del empeño.  
 Ea, pues, señores míos,  
 mano á la obra, contemos  
 al punto aquesos doblones,  
 sin réplica sea aquesto.  
 Los sacó el corregidor,  
 y Estévan metiéndolos dentro  
 de su bolsillo, y ha dicho:

¿Sabe usía lo que quiero?  
 Que por todos los lugares  
 mandé recoger el pliego  
 que ha despachado, y advierta  
 que soy leon en lo fiero.  
 Traiganme el caballo al punto;  
 desocupen al momento  
 el cuarto, y déjenme solo,  
 y sino viven los cielos,  
 que á incendios de aqueste rayo  
 quedarán cenizas hechos:  
 quitense de mi presencia.  
 Y huyendo todos salieron  
 á las razones que dijo,  
 porque tenia recelo  
 cada cual que le tocase  
 una centella de fuego.  
 Le trajeron el caballo,  
 montó en él, y en un momento  
 salió al medio de la calle,  
 diciendo: Mañana espero  
 en la ciudad de Lucena,  
 que envíen por el dinero.  
 Volando se fué á su patria,  
 y al cabo de mes y medio,  
 viendo que el corregidor  
 no envió por el dinero,  
 pensando entre sí decía:  
 ¿Qué se dirá de mi aliento,  
 de mi fama y buen vivir,  
 si los doblones no vuelvo?  
 Dirán que por la codicia  
 me atreví á hacer el arresto.  
 Volvió un día á Antequera,  
 sin temor y sin recelo,  
 y como de las entradas  
 estaba ya satisfecho,  
 fué y habló al corregidor,  
 y le dió los dos mil pesos,  
 diciéndole: Useñoría  
 perdone el atrevimiento,  
 porque un hombre apasionado  
 determina cualquier yerro.  
 Dijole el corregidor:  
 Francisco, de tus arrestos  
 estoy muy bien informado;  
 y en lo que toca al dinero  
 que ha salido de mi casa,  
 llévalo, que no lo quiero;

dineros y mi persona  
 á tu mandato lo ofrezco;  
 tendrás en mí un fiel amigo.  
 De useñoría lo espero;  
 y en fe de eso, la licencia  
 pido. Despidióse luego,  
 y partió alegre á su patria,  
 donde con gusto lo dejó,  
 y en la otra postrera parte,  
 daré fin á sus arrestos,  
 diciendo, como la parca  
 lo tuvo bajo su imperio,  
 y de él cobró el tributo,  
 que todos pagar debemos;  
 pues su rigor no perdona  
 á cobardes ni á resueltos.

#### QUINTA PARTE.

Esplique mi lengua torpe  
 en acentos mal formados  
 el trágico fin y muerte  
 de este leon africano,  
 de este pasmo sin valor,  
 de este relámpago y rayo,  
 mientras templados buriles  
 esculpen en bronce y mármol,  
 para memoria en los siglos,  
 hechos tan adelantados.  
 Ya dije en la tercera parte,  
 como Estévan precisado  
 se vió á arrojar á Granada  
 con ánimo tan bizarro,  
 que igual no se ha conocido  
 en la rueda de los años,  
 y que el señor presidente  
 quedó tan maravillado  
 de su político estilo,  
 que se convino en librarlo.  
 La cuarta, que en Antequera,  
 se arrojó muy temerario,  
 habiendo el gobernador  
 en su distrito mandado,  
 lo prendieran, y daría  
 dos mil pesos de contado:  
 pues se le puso delante,  
 dejando atemorizados  
 á todos los de la casa.  
 Y sabidos estos casos,

déjolos, y voy á dar  
remate á lo comenzado.  
Se hizo público en España,  
como fué por sus desgarros  
el guapo Francisco Estévan  
á galeras sentenciado;  
pero le duró muy poco,  
que mañoso y arriesgado,  
para sacar el grillete,  
un carcañal se ha cortado,  
y con una lancha á tierra  
él y otros se pasaron.  
Sabido en Andalucía,  
como habia quebrantado  
las galeras, al instante  
las justicias le temblaron.  
Por vivir mas á sus anchas,  
á Lucena se ha pasado,  
donde causas no tenia:  
y echándose al contrabando,  
vivió dos años gustoso,  
como dicen, con descanso.  
Mas ¡ó justa Providencia!  
que cuando mas olvidados,  
después de muchos auxilios,  
nos castiga el justo brazo.  
Mas esta débil materia,  
como formada de barro,  
al hombre olvidar le hace  
el fin para que es criado,  
que es para servir á Dios,  
y después sin fin gozarlo;  
y en los deleites del mundo  
aquel que se ha encenegado,  
sin mirar á su principio,  
sigue su locura ufano:  
así Francisco vivia  
de la muerte descuidado,  
como si inmortal viviera;  
siendo así que muere el santo,  
el rey, el sabio, el mendigo,  
el valiente y desalmado.  
Lunes nueve de noviembre  
del año finalizado  
mil setecientos y cinco,  
sin recelo y sin cuidado  
entró en la dicha ciudad  
de la parca fulminado,  
á cumplir en un minuto

su destino, deuda y astro,  
de la villa del Campillo  
un tal Benito Velasco,  
en ocasion que Francisco,  
de su soberbia llevado,  
tuvo un mediano disgusto,  
con un mancebo aientado,  
á quien Carlos de los Reyes  
por nombre y señas le han dado.  
Hallóse en esta ocasion  
en Lucena un mozo hourado,  
que llamaban Juan Romero,  
y como mozo de garbo,  
en el duelo y la quimeras  
entre los dos ha mediado.  
Pasó Francisco á su casa,  
del suceso descuidado;  
mas en la calle encontró  
á Benito y otros cuatro,  
y dióles la bienvenida  
con valor y con agrado.  
Dijo Francisco á Benito,  
como amigo preguntando:  
¿Qué aire os trae por esta tierra?  
Y él le respondió algo bajo:  
Unos negocios del rey,  
amigo, son los que traigo.  
Tuvo ya algunas sospechas  
por hallarse pregonado,  
y hácia una casa de vino,  
se lo llevó á convidarlo.  
A tiempo de ir á beber,  
Benito le dijo: Hermano,  
de ese coletto que tienes,  
estoy muy aficionado,  
y me lo tienes de dar;  
daréte este mio en cambio.  
Bebió Francisco, y le dijo:  
Bebe, que en aqueese caso  
el coletto y la persona  
lo tienes á tu mandado,  
y las armas, porque á mí  
ya me sirven de embarazo.  
Bebió Benito, y Francisco  
entre sí considerandó  
si lo vendria á matar,  
según las muestras ha dado,  
á la calle se salieron,  
y los cuatro se apartaron,

y entre Francisco y Benito  
 anda el demonio enredado.  
 Dijo le Benito á Estévan:  
 Si se ha de hacer ese cambio,  
 en este zaguan entremos,  
 y quedará negociado.  
 Mas Francisco con cautela,  
 entre sí considerando,  
 que siempre el que dá primero;  
 suele ser mas bien librado,  
 hizo que se rebozaba,  
 y una pistola montando,  
 al revolverse á escupir,  
 tiró con presteza el gato,  
 y por las mismas quiçadas  
 le dió tan fuerte balazo,  
 que mas menester no hubo,  
 para quitarlo de gastos.  
 Y viendo que en pie quedaba,  
 le ha dicho disimulado:  
 ¿Qué, de esa suerte quedais?  
 y entónces se ha trastornado.  
 Como en el suelo cayó,  
 dijo desembarazado:  
 Afuera, perros, que ya  
 todo mi intento he logrado.  
 Hacia su casa se fué,  
 donde sus armas tomando,  
 sacó el caballo, y echó  
 su pipada de tabaco.  
 De su muger se despide,  
 y á pocos pasos andados,  
 se acordó se le quedaban  
 la municion y los frascos.  
 Volvió á su casa por ellos,  
 y á su muger así ha hablado:  
 Quita esos trastos de enmedio,  
 porque á un pícaro he matado,  
 y si viene la justicia,  
 he de matar tres ó cuatro.  
 Se fué á una taberna, donde  
 me lo dejaré brindando,  
 mientras que de Juan Romero  
 digo sus hechos y pasos:  
 pues como quedó en su casa,  
 se ha despedido de Carlos,  
 el cual se fué á su posada,  
 y él se quedó acomodando,  
 sin prevenir para qué,

sus armas y su caballo.  
 Y pasado un rato breve,  
 le dió el caballo á un muchacho,  
 que se lo saque á la huerta,  
 porque quiere pasarlo;  
 mas en la calle le han dicho:  
 Oiga usted lo que ha pasado.  
 Francisco Estévan mató  
 en este instante ahí bajo,  
 á un hombre, que me parece  
 que usted mucho lo ha estimado.  
 Dijo Romero: ¡Jesus!  
 que lo quiero como hermano;  
 ese es mi compadre Reyes,  
 porque han tenido un enfado,  
 y yo los apacigüé;  
 y pues que me ha quebrantado  
 el pacto de la amistad,  
 vive Dios he de matarlo.  
 Hacia casa de Francisco  
 se encamina, fulminando  
 rayos, y fuegos y centellas  
 por los ojos va brotando;  
 quisieronle detener,  
 pero á todos salió en vano.  
 Llegó Romero á la puerta  
 del que estaba descuidado,  
 como he dicho, en la taberna,  
 muchos saludos echando:  
 dió en la puerta dos patadas,  
 y al ruido se ha asomado  
 la muger á la ventana,  
 y Romero ha preguntado:  
 ¿Donde está Francisco Estévan?  
 sepa que vengo á matarlo.  
 No está en casa, respondió,  
 que salió con su caballo;  
 pero no lo matará,  
 que Estévan aun tiene manos.  
 Quiso Romero volverse,  
 y en este tiempo ha escuchado  
 en el cabo de la calle  
 herraduras de caballo;  
 dijo la muger: Ya viene;  
 velo allí, si ha de matarlo.  
 Se puso en planta al instante,  
 y lió la capa al brazo,  
 diciendo: Traidor aleve,  
 ¿cómo vilmente has quitado

la vida al mejor amigo,  
 y un hombre de tanto garbo?  
 Dijo Francisco: y á ti.  
 Y Romero ha replicado:  
 Sea la tuya ó la mia,  
 ponte bien, que te disparo.  
 Tiró del gato Romero,  
 habiendo bien apuntado;  
 y por el medio del pecho  
 le dió tan fuerte balazo,  
 que del estribo quedó.  
 Francisco Estévan colgado.  
 Asegundóle con otro,  
 para mas asegurarlo,  
 y cuando lo vido muerto,  
 el trabuco le ha quitado,  
 diciendo: Ahí te queda el mio,  
 con este tuyo me pago;  
 si hay quien tome la demanda,  
 que salga que yo le aguardo.  
 Pero un religioso y otros  
 lo llevaron, de él tirando,  
 de Guzman hácia la casa,  
 por ver si pueden quitarlo:  
 mas sucedió, que en la calle  
 le envistió con sobresalto,  
 el padre del ya difunto,  
 y de suerte lo ha agarrado,  
 que fué preciso apelar  
 á su rejon con cuidado.  
 Y viendo que le iba á dar

y que quiere acogotarlo,  
 dícele: Á un viejo y caído  
 no dan los hombres de garbo.  
 Dijo: Por viejo te dejo,  
 y se refugió al sagrado.  
 Vamos ahora á Francisco,  
 que en el suelo revolcado  
 está el asombro de Europa,  
 el que fué del mundo espanto,  
 que todo el que á hierro mata,  
 en el hierro hallará el pago.  
 Por ser muchos sus insultos,  
 la justicia echó de él mano,  
 para ejemplo de los niños,  
 y escarmiento á desalmados,  
 y con grillos y cadenas  
 en la cárcel lo aferraron,  
 en donde todos lo vieron,  
 y los términos pasando,  
 lo ahorcaron de la reja  
 de la cárcel, y temblaron  
 los corazones mas fuertes,  
 al mirar tan duro caso,  
 contemplando allí cadáver,  
 al que habia sido pasmo  
 y susto de los valientes,  
 teniendo el mundo asombrado.  
 Escarmienten los que viven  
 sin freno, que el fin llegado,  
 el buen vivir tendrá cielo,  
 y al infierno irán los malos.

FIN.



Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla,  
 calle de Cottoners.